

Ese domingo

Yamid Yusef Cuevas

Domingo 12 de febrero de 2012 será una fecha que marcó mi vida.

Era un día soleado. Me dispuse a hacer las tareas cuando sonó el teléfono, contesté y era mi madre quien con voz temblorosa, dijo:

Yamid, véngase para la clínica. Me bañé lo más pronto posible y salí a buscar un taxi. Cuando llegué, me desplazé lo más rápido posible a la unidad de cuidados intensivos y al entrar, vi a mi madre hablando con dos médicos. Tenía los ojos rojos y la expresión de su rostro me hizo poner nervioso. Al verme me dio un abrazo y no pronunció ni una palabra. El médico me miró fijamente preguntándome si era su hijo, le respondí que sí, luego puso su mano sobre mi hombro y dijo: Lo siento hijo, pero ya no podrá pasar de mañana. Interpreté la frase muy rápido, mil cosas pasaron por mi cabeza y solo me preguntaba ¿Cómo pudo haber pasado esto?

Al entrar y verlo no pude controlar las lágrimas. Estaba conectado a todas las máquinas y en cualquier momento fallecería. No podía creerlo. Había luchado contra la enfermedad durante seis meses y al final, fue vencido.

¡Cuántas vidas salvó! Ayudó a que muchas personas tuvieran mejores condiciones de salud pues era un médico excelente. Pero ahora mi padre era el paciente rodeado de médicos que hacían todo lo posible por salvarlo. Toda la mañana permanecí con él, sin moverme de la habitación. Mi madre salía a atender a las personas que llegaban porque de una manera u otra, se habían enterado del estado de salud de mi papá. Pensaba en los momentos que había pasado con él y las cosas que pensábamos hacer. No me veía graduado del colegio y yendo a la universidad a estudiar medicina; cuando le dije, recuerdo, puso la sonrisa más grande que le había visto.

Hacia medio día mi madre entró y me dijo que fuera a almorzar. Salí, crucé la calle para llegar al centro comercial y allí comí velozmente para estar los últimos momentos con mi padre. Al regresar, vi que habían traído a mi hermana. Estaba abrazando a mi padre y veía cómo sus lágrimas caían al piso. Le decía al oído que se levantara. Tuve que calmarla y lo único que se me ocurría decirle era que por lo menos iba a parar de sufrir. Logré calmarla y nos sentamos a esperar lo que nadie quería que ocurriera.

El tiempo parecía no correr. Solo miraba la pantalla y veía cómo la frecuencia cardíaca y otros valores, bajaban cada vez más. De un momento a otro entró el mejor amigo de mi padre, un médico ejemplar, nos saludó pero cuando vio que a mi padre le quedaba poco tiempo, salió. Los valores empezaron a bajar hasta que llegaron a cero. De repente escuchamos un sonido muy agudo. Mi padre murió.

Desde entonces, no solo mi padre se me fue, sino también mi fe.